

CARTA A DALMACIO NEGRO



Sigo con interés tus reflexiones sobre lo político y la política. Y las pongo en conexión con tu original creencia de que el Estado nacional está en proceso de desaparición. No es fácil de entender el pensamiento ajeno. Sobre todo cuando está expuesto en espacios breves, como los de «Otras Razones». Para evitar equívocos en los términos que uso, y aceptando el riesgo de todo simplificación, entiendo por «lo político» la materia prima de lo público, y por «la política», la manera de tratarla. Si aceptas, como espero, estas simples convenciones, podemos entrar a discutir aquí tus tesis sobre el Estado. Ideas que sobrepasan el interés académico cuando se desarrolla ante nuestros ojos una privatización de lo público que nadie osa contestar.

Son tantas las tareas del Estado, y de tan variada naturaleza en distintas épocas históricas, que no puedo dejar de compartir la opinión de Max Weber sobre la imposibilidad de definir el Estado por sus funciones. Éstas pueden aumentar continuamente, como ha sucedido desde la Revolución Francesa hasta el final de la Guerra Fría, o disminuir drásticamente como está sucediendo ahora, sin que la naturaleza o esencia del Estado, el monopolio legal de la violencia institucional —justificado en el ansia de integración autoritaria de la sociedad en una comunidad estatal—, sufra la menor alteración. Sin pérdida de esta sustancia definitoria, el Estado puede repartir competencias hacia arriba (Europa) y hacia abajo (Autonomías), federarse o confederarse, y continuar siendo, por tiempo indefinido, el mismo Estado. Incluso en esta hora de consenso apolítico, donde las clases históricamente opeadas cooperan en su integración social a la Autoridad estatal, el viejo ideal anarquista continúa siendo una utopía. ¿Dónde están y cuáles son, pues, los síntomas de la desintegración del Estado? Estoy de acuerdo en que «lo político» se está restringiendo, como «la piel de zapa» de Balzac, a medida que se realizan los deseos de riqueza de la sociedad civil. Gran parte de lo público se está haciendo privado. No por exigencia ideológica de un dogma liberal (las privatizaciones fueron iniciadas por Gobiernos socialistas) ni por los criterios de rentabilidad o eficacia empresarial. Incluso los monopolios estatales justificados en la falta de competencia privada para prestar un suministro común, o un servicio público, a los consumidores por necesidad, se privatizan. Pero no se debe dar a este fenómeno una interpretación abstracta, desligada de «la política», como si obedeciera a leyes anónimas del mercado o a una fatal involución histórica del Estado. Pues tiene causas y finalidades concretas que brotan de la naturaleza y ambiciones del Estado de partidos. Este tipo peculiar de Estado restringe «lo político» para expandir la esfera de acción de «la política», para aumentar el poder de los aparatos dirigentes de los partidos

sobre la sociedad civil. Como esto no es algo obvio de por sí, debo recordarte para mejor comprenderlo que el Estado de partidos transformó «la sociedad política», convirtiéndola en «sociedad estatal»; y que no es la direccionalidad de la política, sino la Administración reglada, quien tenía antes el control sobre las empresas privatizadas. Los partidos estatales, privatizándolas, aumentan su poder discrecional sobre ellas y sus oportunidades de corrupción. La oligarquía financiera y de servicios al público encontró en la oligarquía del Estado de partidos «su» forma ideal de Gobierno. Estos partidos de Estado no están liquidando su modo estatal de vivir. Al contrario. Expanden su poder político sobre la sociedad civil en la medida en que restringen el campo de «lo político». El Estado no está en extinción. Lo liquidado, y no de manera irreversible, es la sociedad política, intermediaria entre el objeto gobernado, la comunidad civil, y el sujeto gobernante, la sociedad estatal.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

LA MEDIOCRIDAD INSATISFECHA



Hace breves años publicó Galbraith un interesante libro cuyo título, bien significativo, rezaba «La mayoría satisfecha». Creo que su comentario puede ofrecernos un buen punto de partida para la reflexión que deseo ofrecer al lector sobre la actual realidad española. Desarrolla el ilustre economista en dicha obra una visión descriptiva, al par que crítica, de la situación de los Estados Unidos y los mecanismos de su política. Un sector mayoritario de la población se encuentra instalado en el bienestar material y sostiene con su conformismo satisfecho el sistema político. Fuera de él se extiende todo un amplio mundo de inmigrantes legales o ilegales —estos últimos en una situación angustiosa, perseguidos por los servicios de inmigración—, representando su fuerza de trabajo una aportación decisiva para mantener la economía de la cual se beneficia el sector privilegiado. Y un buen número de la población en éste y otros sectores no participa en los procesos electorales, pues, como es sabido, en Estados Unidos para votar no es suficiente la condición de ciudadano sino que es precisa una inscripción previa. Para entender la psicología de tal mayoría satisfecha resulta característico su comportamiento ante los impuestos:

cuando se trata de aportarlos para inversiones en servicios sociales se produce una peculiar resistencia, mientras que, inversamente, si se trata de aplicarlos a gastos militares o a la reparación de las quiebras económicas, que periódicamente se producen en las grandes empresas del sistema, desaparece toda oposición al sacrificio económico. Como vemos el vector determinante del comportamiento político no es sino el mantenimiento egoísta de una estabilidad beneficiosa para el sector.

Si comparamos este estado de cosas con el que se está produciendo en España, y que revelarían las últimas elecciones, no deja de haber similitudes, aunque empalmeadas. En este sentido, el contraste más importante entre nuestra sociedad y aquella estadounidense con la que la estamos comparando vendría dado por la diferencia en el nivel de vida y la satisfacción que puede procurar. También aquí parece que se está produciendo el dominio de una mayoría satisfecha, aquella que está votando al PP. Las altas aspiraciones de solidaridad y de cambio, el esfuerzo por construir, mirando más allá de los muros de la propia vida, una sociedad más justa, que alentaban en la oposición al franquismo y en los primeros tiempos de la transición, se van apagando en gran parte de la ciudadanía. El hecho de que la distribución de la riqueza, la desigualdad económica, no se haya modificado y de que, según serios datos, se mantiene en los mismos niveles de los años treinta, contando con ocho millones de pobres, no inquieta a la mayoría de la población. Sólo una minoría activa se preocupa por la angustiosa situación del Tercer Mundo y por los inmigrantes, respecto a los cuales hemos presenciado espectáculos de maltrato y agresión.

Pero ¿qué resortes han desarmado la solidaridad de nuestra sociedad, para encerrarla en un egoísmo satisfecho? No me refiero ya a la pérdida de valores éticos. Aún en una perspectiva egoísta sorprende el conformismo en medio de la mezquindad en que se desenvuelve la vida de nuestras capas medias, tan fácilmente satisfechas. En primer lugar, nos encontramos con graves problemas como el del paro —por más que se quieran manipular las cifras— y que afecta no sólo dramáticamente a las clases más modestas sino a multitud de graduados y graduadas universitarios. Pero, además, la vida cotidiana se encuentra repleta de obstáculos asumidos sin protesta. Nuestra renta per cápita alcanza sólo al 75 por ciento de la media europea, con una relación precios-salarios que hace costosa la vida. Y ésta se desenvuelve con graves incomodidades en aspectos tan fundamentales como la vivienda o los desplazamientos, ya en viaje ya en el interior de ciudades colapsadas y polucionadas. Los créditos son especialmente altos, los productos y servicios muchas veces deficientes. Resulta expresiva de nuestra pasividad conformista la escasez de reclamaciones en nuestro país comparado con el entorno, y a la cual se ha referido en repetidas ocasiones la Organización de Consumidores. Triste panorama dominado no sólo por el egoísmo sino por la resignación a una dócil mediocridad y fácilmente gobernado por mediocres.

Juan BRAVO

TRILLO, EL PRUDENTE

El ministro de Defensa, Federico Trillo, no ha perdido el tiempo en adaptarse al ambiente militar, tras su paso por la Presidencia del Congreso de los Diputados, y tiene ya diseñada cuidadosamente la estrategia para su primera batalla parlamentaria. El espía militar, infiltrado dentro de su gabinete, pudo echar un rápido vistazo a los informes confidenciales y ha descubierto las razones por las que Trillo no concede entrevistas a los medios de comunicación ni hace declaraciones que anticipen los proyectos más importantes del Ministerio.

Cuenta el espía que don Federico quiere evitar a toda costa que algo pueda interferir en su primera comparecencia en el Congre-

so y anunciar allí su línea de actuación y dar cuenta de los principales proyectos e ideas para el nuevo Ejército profesional.

Tan firme debe ser la orden de silencio, que Juan Bravo espera todavía conocer cuál ha sido el resultado de la última convocatoria de plazas para soldados profesionales. Y eso que era polémica, porque se había rebajado el nivel intelectual al temerse que la buena marcha de la economía y la rebaja del paro, alejase de las mentes de muchos jóvenes la idea de pasar unos años de su vida profesional enrolados en la empresa que dirige Federico Trillo.



Carlos PARÍS